

Prólogo



El Dr. José Fernández Arienza, que viene distinguiéndose por sus estudios sobre la historia de la medicina leonesa, con artículos en revistas y obras de carácter monográfico (Historia de la Medicina en León, 1900-1993 e Historia del Colegio de Médicos de León, publicadas en 1994 y 1998, respectivamente), nos ofrece ahora un nuevo libro sobre Medicina y sociedad en León durante el siglo XIX, fruto de sus pesquisas en archivos, revistas y publicaciones diversas, muchas de las cuales son de difícil acceso y, por ello, duermen en el reino del olvido. El libro está dividido en tres partes, la primera dedicada a los problemas de salud pública, la segunda a los hospitales de la provincia y de la capital, y la tercera a la reseña biográfica de los médicos que ejercieron en la provincia en los tres tercios del siglo XIX.

Como promete el título, el Dr. Fernández Arienza no se limita a describir los aspectos más relevantes del quehacer médico a lo largo de la centuria, sino que entreteje información del medio social en que se desenvuelve la actividad de los médicos y otros sanitarios, de tal manera que el lector recibe noticias que perfilan una panorámica de la vida provincial, enmarcada en el ámbito nacional. Tengo escrito que las investigaciones históricas realizadas por quienes tienen formación biológica, descubren en los viejos documentos datos e informaciones que habitualmente escapan del interés de los historiadores con formación humanística, pero que ayudan a perfeccionar el conocimiento de la intra-historia. Inversamente, cuando los expertos en ciencias experimentales se afanan por estudiar el pasado, también aportan saberes colaterales que contribuyen a completar facetas de la sociedad del periodo considerado. Pues bien, la obra del Dr. Fernández Arienza puede servir de ejemplo de cuanto afirmo, pues su núcleo médico se adorna con elementos anecdóticos que perfilan el acontecer de los leoneses del pasado siglo. Por otro lado, creo que vale la pena señalar que, con este trabajo, más los del Dr. Cabal en Asturias y los de diversos académicos de la Real de Medicina de Valladolid, disponemos de un cuadro razonablemente satisfactorio de la historia médica en el eje Asturias-León-Castilla.

La primera parte de la obra arranca de la medicina vinculada todavía a las doctrinas hipocrático-galénicas de los humores, con algunos toques progresistas de

los "novatores". En el plano político se esfuman los residuos del antiguo régimen pero, en ambos casos, con retraso respecto a lo que significó en Europa el espíritu de la Ilustración, por la resistencia inerte de nuestra sociedad, que padeció agitaciones políticas, religiosas y científicas hasta finales de siglo.

Sobre la Península Ibérica reinaban las endemias clásicas y, de vez en cuando, aparecían las epidemias que han flagelado el continente periódicamente (peste, cólera, etc.). Muchas enfermedades eran reflejo de la falta de sistemas adecuados de saneamiento (salmonelosis, colibacilosis, etc.), carencia de servicios eficientes de salud pública (algunas zoonosis como triquinosis, carbunco bacteriano, muermo, sarnas, etc.) y ausencia de cultura sanitaria. La mayor parte de los procesos morbosos recibían nombres descriptivos de sus manifestaciones clínicas (fiebres tercianas, cuartanas, intermitentes, "pútridas", etc.) ante el desconocimiento de los agentes que las causaban. La terapia se apoyaba en remedios que venían de las obras médicas de la antigüedad y del medievo, con fórmulas no pocas veces disparatadas y profusa aplicación de ventosas, sinapismos, cataplasmas, purgas y enemas. La sangría seguía siendo un recurso frecuente, no solo cuando podía estar indicada (congestión, edema pulmonar, etc.) sino también para justificar que algo se hacía con el enfermo. Con similar indicación se empleaban las sanguijuelas, aparte de su posible utilidad en las trombosis, de modo que no sorprenden los anuncios de estos hirudíneos procedentes de la Valduerna, es decir, ejemplares "autóctonos", que dirían nuestros patriotas locales, o los que procedían de Hungría, que comercializaba una granja de Mansilla de las Mulas. De todos modos, no se piense que tal uso era signo del atraso español, pues consta que en 1863 se empleaban en los hospitales de Londres y París en torno a 5-6 millones de sanguijuelas. Ante este cuadro de carencia de recursos eficaces, surgen curanderos, sanadores y, en algún caso, también médicos que anuncian curaciones poco menos que milagrosas de sífilis, ceguera y otros trastornos. Finalmente, quedaba el acudir a los abogados celestiales, de manera que aparecen con frecuencia las rogativas ante calamidades públicas.

Sin embargo, el siglo contempla la difusión de la vacunación antivariólica y, en la segunda mitad, el nacimiento de la microbiología, la fisiología experimental, la histopatología y otras ciencias básicas que facilitaron la lucha eficaz contra las grandes epidemias y el tratamiento de muchos procesos esporádicos, al tiempo que la antisepsis y la esterilización abrieron el camino a las intervenciones quirúrgicas más invasoras.

La sanidad se apoya, durante este periodo, en medidas higiénicas empíricas y se manifiesta en las disposiciones municipales sobre el emplazamiento de los hospitales, cementerios, "rastros"-mataderos, muladares y limpieza de las calles. No

consta que se hicieran planes racionales de evacuación de aguas sucias y detritus domésticos, que tan buenos resultados dieron en muchas ciudades europeas en aquellos años, cuando todavía se ignoraba el papel de los microbios, pero sí se advierte preocupación por disponer de aguas salubres para el consumo. Ante las epidemias, siempre se ponían en marcha planes de emergencia, basados en la inmovilización y el aislamiento de los enfermos, la desinfección con remedios más malolientes que eficaces, la cal viva y poco más. Desaparecido el riesgo, se volvía al descuido de las medidas preventivas.

Me ha interesado la información del Dr. Fernández Arienza sobre algunas enfermedades, que me sugieren comentarios que voy a exponer. En primer término, llama la atención el enorme tributo que gravitaba sobre la población infantil, cuyas tasas de mortalidad sorprenderían hoy en día, si no tuviéramos a la vista lo que todavía ocurre en el tercer mundo. Las cortas expectativas vitales de nuestros antepasados, cuando se comparan con los datos presentes, también demuestran cuánto se ha avanzado en medicina y salud pública, en el plano individual y en el colectivo, incluyendo lo que llamamos calidad de vida.

Hablar hoy de viruela a nuestros ciudadanos que no hayan llegado a la cincuentena, es tanto como mencionarles las plagas de Egipto. Sin embargo, esta virosis extinguida en todo el planeta en 1979, causaba terribles epidemias en Europa y fue una de las causas de la desaparición de las poblaciones indígenas en el Caribe, con ocasión de la colonización europea. A principios de siglo, el gobierno español preconizaba la vacunación (1805), que ya estaba generalizándose en el imperio austro-húngaro, después de los trabajos de Ferro y de Frank, vista la experiencia británica. No obstante, parece que la sociedad española se manifestaba poco entusiasmada con la vacunación, pues en León el catedrático de la Escuela de Veterinaria y alcalde de la ciudad, don Cecilio Díez Garrote reitera (1895) el edicto municipal de 1873 sobre dicha inmunización, incluso alguno de los médicos leoneses, como nos indica el Dr. Fernández Arienza, se declaraba adversario del proceso vacunal, aunque muchos otros doctores se ofrecieran generosamente a realizarlo, incluso gratuitamente. La actitud desconfiada de la sociedad leonesa se entiende si recordamos que la Europa culta se había dividido entre los partidarios, que contaban entre sus filas a Voltaire, D'Alembert, Helvetius, etc., y los adversarios, capitaneados por E. Kant, el filósofo de Königsberg (hoy Kaliningrado) y el papa Gregorio XVI, que prohibió en los estados pontificios la vacunación antivariólica. Tanto el famoso filósofo, como el papa, entendían que repugnaba a la dignidad del hombre la introducción de un producto animal en su organismo, un reflejo del hiato que el mundo helénico y judaico legó con el cristianismo, al separar al hombre del resto de los seres vivos.

Las fiebres palúdicas, tercianas causadas por *Plasmodium vivax* y cuartanas debidas a *Plasmodium malariae*, eran frecuentes en toda España y reinaban endémicamente en el valle del Órbigo y zonas limítrofes, donde se introdujeron para luchar contra los vectores las gambusias (*Gambusia affinis holbrocki*), a partir de 1929. Aunque el descubrimiento de los agentes causales no se llevó a cabo hasta finales del siglo, gracias a Laverán, y el papel de los mosquitos a Ross, era bien conocida su vinculación con las aguas estancadas (fiebres palúdicas) y con ciertos aires corruptos ("aires mefíticos", malaria). Muchos de nuestros reyes consta que padecieron paludismo, de modo que podemos suponer cómo afectarían estas fiebres a sus súbditos menos afortunados. Los últimos casos de paludismo autóctono en España se dieron en Cáceres en 1964, pero es preciso mantener la vigilancia por la posibilidad de que lleguen portadores procedentes de territorios donde es endémico.

Otra de las plagas, la tuberculosis, calificada como "peste blanca" (la bubónica es la peste negra) todavía causó elevadas pérdidas hasta mediado el siglo actual, particularmente entre los jóvenes y entre algunos profesionales (mineros, particularmente). En el período anterior al descubrimiento de la estreptomycinina y otros fármacos, los recursos médicos y quirúrgicos sólo podían paliar los daños de esta enfermedad. Como nota curiosa, he podido conocer que el pintoresco Dr. Rosales, médico leonés y profesor interino de la Escuela de Veterinaria, prohibió que los tísicos acudieran a beber sangre de los animales sacrificados en el matadero municipal, seguramente creyendo en el aforismo médico *similia similibus curantur*, que relacionarían con las hemoptisis. Sin duda, Rosales calificaría esta práctica como "costumbre africana", como manifestó cuando prohibió las hogueras de San Juan.

Una parte importante de la obra del Dr. Fernández Arienza está dedicada a los hospitales leoneses, con una valiosa introducción referida a sus antecedentes. La panorámica permite seguir el proceso que guió su fundación y funcionamiento, de acuerdo con el modo de pensar de cada época. Efectivamente, las primeras instalaciones nacieron del espíritu cristiano que cristalizaba en la caridad ante los desvalidos, peregrinos y dolientes sin amparo. En el siglo XVIII aparece un nuevo enfoque derivado de la filantropía, en armonía con la Ilustración y la Enciclopedia, con instalaciones laicas (las "beneficencias"), y, ya en pleno período de la revolución industrial, comienzan a considerarse las repercusiones económicas de la enfermedad, brota la rebeldía de los trabajadores, que reclaman justicia social y acabamos en los tiempos de derecho a la salud. El hospital más representativo del siglo es el de San Antonio Abad, desaparecido para dejar paso a lo que hoy es el corazón de la ciudad, en torno al viejo palacio de la Poridad,

San Marcelo y la avenida de la Independencia. Evoca el cementerio anejo, llamado del Malvar, la calle Arco de Ánimas. Sin duda, la expresión "criar malvas", para aludir a los difuntos, guarda relación con el citado camposanto.

Termina el libro con la nómina de los médicos leoneses que ejercieron en el periodo estudiado, con mención de sus actividades profesionales y públicas, lo que supone un aporte interesante para el conocimiento de la historia provincial. Hay entre tantos personajes muchas figuras con una evidente inquietud intelectual, autores de trabajos relacionados con el ejercicio médico, pero también quienes realizaron incursiones por otros territorios de las humanidades, la arqueología y, sobre todo, la vida pública. Muchos médicos aparecen formando parte de las corporaciones municipales, la Diputación o las Cortes, otros figuran como empresarios en industrias, minería, entidades mercantiles o recreativas, en fin, resulta difícil no hallar representantes de la profesión en cualquiera de las actividades de la sociedad leonesa, por amplio que sea el espectro considerado, desde el conservadurismo hasta el primer republicanismo español, al que se adscribieron muchos de los más inquietos miembros de la clase, abiertos a cuanto sucedía por encima de los Pirineos.

En resumen, este nuevo fruto de la inquietud intelectual del Dr. Fernández Arienza, representa un valioso aporte al conocimiento del pasado leonés, centrado en el campo de la medicina y sanidad, pero con amplias excursiones a otros aspectos de la sociedad, de tal manera que puede reconstruirse gran parte de la historia de la ciudad, desde el viejo núcleo, hasta los ensanches, y desde el pensamiento tradicional hasta las inquietudes de las minorías que hicieron posible la incorporación a las corrientes del pensamiento científico y político moderno.

Miguel Cordero del Campillo
Catedrático Emérito de la Universidad de León